

## Sacrificio perfecto y absoluto

La Biblia muestra que Dios, es un Dios de pactos, y el capítulo 9 de Hebreos compara los dos más importantes, comenzando con el detalle del primero, las reglas que establecía para la adoración y la existencia del santuario de culto que se llamaba “tabernáculo”. Todo esto siguiendo el antiguo pacto mosaico, sellado en el Sinaí.

El autor de Hebreros hace directa referencia a todos esos elementos que podemos estudiar en el libro de Levítico, del Antiguo Testamento, y sería importante conocer su contenido para tener una comprensión más completa.

El tabernáculo era una tienda de campaña que tenía dos lugares importantes. Por un lado, estaba el Lugar Santo y luego el Lugar Santísimo llamado Santo de los Santos. En el primero, dice Hebreos 9 versículo 2, estaba el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Y después, en el Lugar Santísimo, se encontraba el altar de oro para el incienso y el arca del pacto, toda recubierta de oro. Entonces el versículo 6 habla claramente sobre lo que ocurría. El texto dice: “Con todo esto dispuesto así, los sacerdotes entran continuamente en la primera parte del tabernáculo para celebrar los oficios del culto, pero en la segunda parte entra únicamente el sumo sacerdote, y esto sólo una vez al año, y siempre llevando sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados involuntarios que el pueblo comete. Con esto el Espíritu Santo nos da a entender que, mientras la primera parte del tabernáculo siga en pie, el camino que lleva al Lugar Santísimo aún no estará abierto.”

Es decir, el primer modelo donde funcionaban los sacrificios; era imperfecto. Entonces el texto nos dice claramente lo siguiente: “Todo esto es un símbolo para el tiempo presente, de que las ofrendas y sacrificios que allí se presentan no pueden perfeccionar la conciencia de los que adoran así, ya que tienen que ver sólo con comidas y bebidas, y con diversas ceremonias de purificación y ordenanzas externas, cuyo valor tiene vigencia hasta que llegue el tiempo de reformarlo todo.”

¿Cuál es la respuesta que haría esa reforma? Veámoslo en el versículo 11: “Pero Cristo vino ya, y es el sumo sacerdote de los bienes venideros, a través del tabernáculo más amplio y perfecto, el cual no ha sido hecho por los hombres, es decir, que no es de esta creación”.

Vemos entonces que el primer tabernáculo es apenas un modelo, pero Cristo hizo un sacrificio absoluto, de naturaleza plena, universal e incluso cósmica, pero te preguntarás cómo lo hizo. La respuesta la presenta el autor en el versículo 12: “no por medio de la sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por medio de su propia sangre. Entró una sola vez y para siempre en el Lugar Santísimo, y así obtuvo para nosotros la redención eterna.”

Y, por supuesto, dice el texto que la sangre de machos cabríos y de toros no tenía poder para purificar una persona. Eran sacrificios de naturaleza ceremonial, que apuntaban a la necesidad de una solución total que el antiguo pacto no podía

completar. La cuestión es que, si esa sangre de los animales sacrificados podía tornar a una persona ceremonialmente pura, cuánto más la sangre de Cristo, muy superior a cualquier intento humano, dada por acción del Espíritu eterno para nuestro beneficio ante el requerimiento de Dios, purificará nuestra consciencia en cuanto a nuestros pecados, así que, de esa manera, nos limpia “de las obras que conducen a la muerte, a fin de que sirvamos al Dios viviente”, dice el versículo 14.

Ya no lo necesitamos el ritualismo tradicional porque ahora tenemos la realidad, la sustancia plena, el sacrificio de Cristo como mediador del nuevo pacto, dice el versículo 15. Porque el nuevo nos libera del poder del pecado, y la relación con Dios deja de tener intermediarios humanos para ser directa a través de Jesucristo, quien forjó con su sangre en la cruz el nuevo pacto. Y del versículo 16 en adelante nos hablará sobre un testamento. Es importante observar que en griego la palabra testamento y pacto es la misma. “Porque cuando hay un testamento, es necesario que haya constancia de la muerte del que lo hizo, ya que un testamento no tiene ningún valor mientras el que lo hizo siga con vida. Por eso, ni siquiera el primer pacto se estableció sin sangre porque después de que Moisés anunció todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos junto con agua, lana escarlata y una rama de hisopo, y roció el libro de la ley y a todo el pueblo.” Entonces le dijo al pueblo: «Ésta es la sangre del pacto que Dios les ha mandado.»”

Y a continuación, el autor de Hebreos cita Éxodo 24:8. “Además de esto, con la sangre roció también el tabernáculo y todos los vasos del ministerio. Según la ley, casi todo es purificado con sangre; pues sin derramamiento de sangre no hay perdón.” Pues bien, esto hace que en Cristo la solución al problema del pecado sea de una vez y definitiva. Y el texto todavía dirá: “Por lo tanto, era absolutamente necesario que las réplicas de las cosas celestiales fueran purificadas así; pero las cosas celestiales mismas necesitan mejores sacrificios que éstos porque Cristo no entró en el santuario hecho por los hombres, el cual era un mero reflejo del verdadero, sino que entró en el cielo mismo para presentarse ahora ante Dios en favor de nosotros.”

Entonces ese tabernáculo es una realidad celestial y espiritual superior en Cristo. Y subrayemos esto, Jesús hizo el sacrificio absoluto, de tal manera que este sacrificio ocurrió una única vez, a diferencia de los sacrificios antiguos que se exigían, que se repitiese una y otra vez. Entonces, el texto de Hebreos va a decir a partir del versículo 25 en adelante: “Y no entró para ofrecerse muchas veces, como el sumo sacerdote, que cada año entra en el Lugar Santísimo con sangre ajena. Si así fuera, Cristo habría tenido que morir muchas veces desde la creación del mundo; pero ahora, al final de los tiempos, se presentó una sola vez y para siempre, y se ofreció a sí mismo como sacrificio para quitar el pecado. Y así como está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después venga el juicio así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; pero aparecerá por segunda vez, ya sin relación con el pecado, para salvar a los que lo esperan.”

Observamos, entonces, que este sacrificio de Cristo es absoluto, y es definitivo. Es un sacrificio real, hecho con sangre. Y es que sin derramamiento de sangre no hay

perdón de pecados. Y este sacrificio es lo que está a la vista y, también, es comentado con más detalles en el capítulo 10. El texto nos dice lo siguiente: “La ley es apenas el contorno de los bienes venideros, y no su imagen real. Por eso jamás podrá hacer perfectos a los que cada año se acercan a Dios para ofrecer los mismos sacrificios.”

Porque si eso fuese posible no habría necesidad de que fuesen repetidos. Por lo tanto, el versículo 5 nos dice: “porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por eso, al entrar en el mundo, Cristo dijo: «No quieres sacrificio y ofrenda, pero me has dado un cuerpo. No te agradan los holocaustos ni las expiaciones por el pecado. Entonces dije: “Mi Dios, aquí estoy para hacer tu voluntad, como está escrito de mí en el libro.”» Al decir primero: «No quieres ni te agradan sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos ni expiaciones por el pecado» (cosas que se ofrecen según la ley) y luego añadir: «Aquí estoy, para hacer tu voluntad», quita lo primero para establecer esto último.”

El escritor cita el Salmo 40, mostrando al Señor Jesús ya preparado para ofrecerse como sacrificio perfecto a Dios; haciendo la voluntad de Dios en ese aspecto. Vayamos al versículo 11: “Todo sacerdote ministra día tras día, y una y otra vez ofrece los mismos sacrificios, los cuales nunca pueden quitar los pecados. Pero Cristo, después de ofrecer una sola vez un solo sacrificio por los pecados, para siempre se sentó a la derecha de Dios y de ahí en adelante está en espera de que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. Él, por medio de una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre a los santificados. De esto nos da testimonio el Espíritu Santo, pues primero dice: «El Señor ha dicho: Éste es el pacto que haré con ellos después de aquellos días: Pondré mis leyes en su corazón, y las escribiré en su mente.»”

Esa es la cita de Jeremías 31. “Y luego añade: «Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones.» Y, “cuando los pecados ya han sido perdonados, no hay más necesidad de presentar ofrendas por el pecado.” ¿Se dan cuenta? El sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, de la ley mosaica en Levítico, ya se cumplió de una vez y para siempre en el sacrificio de Cristo. No necesitamos ningún tipo de ritualismo, de ceremonia para perdonar los pecados, porque en Cristo todos nuestros pecados son absoluta y plenamente perdonados.